

17. LA EDUCACIÓN DE LA CONSTANCIA: VALOR FUNDAMENTAL EN LA FORMACIÓN DE LA PERSONA. ANÁLISIS DE TEXTOS CLÁSICOS Y PROPUESTAS DE ACTUACIÓN

M^a CONSOLACIÓN CALDERÓN ESPAÑA
UNIVERSIDAD DE SEVILLA

«Nuestra preocupación por el pasado surge de nuestra preocupación por el futuro que nos lanza a descubrir el pretérito»¹. Con estas palabras traza Ortega la figura del historiador como hombre al que le preocupa el presente y su proyección futura, que se siente comprometido con él y desde este compromiso analiza el pasado.

El autor citado nos recuerda también que: «Los educadores, sobre todo cuando van inspirados por un afán de practicismo piensan que lo que hay que hacer con los muchachos es prepararlos del modo más concreto posible para la vida tal cual es, dejando a un lado todas las disciplinas y modos que parecen ornamentales y superfluos. Pero la vida histórica tiene la condición de cambiar constantemente. La Historia es permanente inquietud y mutación. De modo que si se educa a un muchacho preparándolo concretamente para la vida tal cual es hoy, cuando llega a adulto se encuentra con que la vida tiene otra figura y cuanto más prácticamente preparado estuviese para lo anterior, más desajustado queda para la que tiene que vivir y en la que tiene que actuar. Es lo que he llamado el anacronismo constitutivo de la usual Pedagogía»².

Reflexionar sobre la persona y la educación siempre es conveniente y necesario para intentar progresar en la formación humana, tanto a nivel institucional como personal.

El objeto de la función educadora es el hombre, y sabemos que no existe el hombre biológico, desnudo de cultura, de valores desde los cuales ser interpretado. Acercarse al hombre, conocerlo, entenderlo, significa interpretar el mundo de significados y valores a través de los cuales todo hombre se esfuerza, siente y vive³.

Concebir la educación como una práctica basada en la simple transmisión de conocimientos, de contenidos es, sin duda, una visión limitada e incompleta respecto a los fines de la educación y al papel de las instituciones escolares. Las personas que nos dedicamos a la enseñanza sabemos de la importancia de proporcionar estímulos

de orden diverso a nuestros alumnos y alumnas para tratar de promover aprendizajes y desarrollar capacidades también de naturaleza diversa que colaboren en su formación integral, no sólo a su instrucción. Esta convicción ha estado y está presente en muchos profesores y profesoras, aunque no siempre ha estado desarrollada suficientemente con prácticas concretas.

La verdadera cultura humana debe tener por base el desarrollo del sentido moral. Tenemos que formar **personas**, es decir seres libres, autónomos, con criterios propios, responsables y que interioricen, los valores que en nuestra sociedad se han ido acrisolando través de los siglos, desde la Grecia y Roma clásicas, el Cristianismo, la síntesis medieval, hasta las distintas corrientes del pensamiento moderno, adquiriendo una moral autónoma, que aplique de forma efectiva a las situaciones concretas de su vida.

Actualmente se dice, y así aparece en multitud de publicaciones, que estamos viviendo una época de crisis de valores, y creo que es cierto, pero también creo con Victoria Camps que los valores éticos no han dejado de estar en crisis. Como constatación de esto nos bastaría citar un texto de Séneca de la carta 97: «Andas errado Lucilio, si crees que la sensualidad y el olvido de las buenas costumbres y de todo aquello que cada cual atribuye a su tiempo son vicios de nuestro siglo. Son cosas de los hombres, no del tiempo»⁴. También creo como la autora antes citada, que el reconocimiento de la crisis es una señal de lucidez, la lucidez derivada de la insatisfacción hacia una realidad humana que no alcanza el listón adecuado.

Al realizar un análisis sobre la formación integral del hombre como objetivo primero y fundamental de la educación, contemplado en nuestro sistema educativo, podemos observar en los planes curriculares, desde la Ley General de Educación de 1970 hasta la Ley Orgánica General del Sistema Educativo (L.O.G.S.E.), la enorme insistencia en la formación técnico-científica, cuyo reto principal es la mera especialización del hombre para responder a las continuas y cambiantes exigencias de una sociedad democrática y plural⁵. Sin embargo, estimamos que no se ha tratado profundamente un ámbito, igualmente relevante en la formación integral humana, como es la educación moral del sujeto cuyo objetivo primordial es, no sólo desarrollar el conocimiento moral del individuo de una forma estructurada, sino además ofertar oportunidades de actitudes morales en el mismo⁶.

La L.O.G.S.E., plantea la Educación en valores como un trabajo sistemático a través del cual, y mediante actuaciones y prácticas en nuestros centros, podemos desarrollar aquellos valores que vienen explicitados en nuestra Constitución y que deben ser la base de la democracia. En el preámbulo de la misma se citan a la libertad, la tolerancia y la solidaridad como metas a conseguir. Del mismo modo advertimos que en los objetivos que dicha ley marca se encuentran: «La formación para la paz, la cooperación y la solidaridad entre los pueblos»(art. 1, g.), el «comportarse con espíritu de cooperación, responsabilidad moral, solidaridad y tolerancia...» (art. 19,d) y

también «a participar de forma solidaria en el desarrollo y mejora de su entorno social»(art. 25 f).

Aunque la educación, debe contemplar la totalidad de los valores, en el presente trabajo sólo vamos a reflexionar sobre la educación de la **voluntad**, facultad que es casi tan importante como la inteligencia, ambas están consideradas como las facultades superiores del hombre que a su vez se interrelacionan con las vegetativas y sensitivas consideradas como inferiores.

Voluntad -tenacidad- e inteligencia guardan entre ellas una estrecha relación pero no pueden confundirse. Nada puede quererse si no se conoce previamente, decían ya los clásicos de tal manera que, para Sócrates, el que no actuaba según la virtud, no era malo, sino ignorante. Por tanto, deberemos tener en cuenta la realidad de esta interrelación pero ser conscientes de sus diferencias y no confundirlas: educar la inteligencia no es lo mismo que educar la voluntad.

La **voluntad** se define como *aquella facultad del hombre para querer algo, lo cual implica admitir o rechazar*. Ésta -la voluntad-, ejerce una influencia práctica y directa sobre los problemas de la educación. Es la fuerza moldeadora que dirige la vida del hombre y la fuerza integrante principal de su carácter. La voluntad es la llave maestra que abre el tesoro que cada uno lleva dentro de sí. Con la educación de la voluntad el camino está abierto a la adquisición de todos los valores morales tan necesarios en nuestra sociedad. Cuando la voluntad ha logrado en la persona fuerza y vigor, ayuda a conseguir los ideales de la juventud y también los de la madurez, a luchar por vencer en la vida diaria, a no dejarse llevar por lo que hoy se emplea frecuentemente en el lenguaje coloquial: «me apetece», «no me apetece».

Somos conscientes de que ir contra esta manera de actuar tiene escasa atracción y popularidad en el mundo en el que nos movemos, un mundo del confort, de la comodidad, en el que impera la ley del «aprender sin esfuerzo», slogan utilizado indiscriminadamente hasta en la «gimnasia pasiva». Hablar hoy de solidaridad, de libertad, de amistad, resulta enormemente atractivo, aunque luego estemos muy lejos de actuar consecuentemente, pero hablar de esfuerzo, de voluntad, es algo bastante olvidado en la Pedagogía actual como lo demuestra la escasa bibliografía existente. Pero no nos engañemos ni engañemos a nuestros alumnos, el trabajo, el esfuerzo, es «el impulso vigoroso y definitivo que hace posible al hombre convertir en realidad sus proyectos»⁷.

La voluntad es el resultado de un proceso de formación. Su ejercicio se haya presente en el inicio de la vida individual y va avanzando progresivamente mediante las incitaciones procedentes de otras funciones: coherencia, constancia, fidelidad y dedicación. Al tratar de la voluntad deberemos tener en cuenta también otro factor: el sentimiento. Lo que mueve a la voluntad no es solamente el conocimiento, sino también la afectividad por ello para Rojas, la educación de la voluntad debe ser integral

abarcando aspectos físicos, psicológicos, afectivos, intelectuales, sociales, espirituales y corporales⁸. Educar la voluntad es educar el esfuerzo, el carácter, el autocontrol.

La importancia de la educación de la voluntad radica en que su influencia se extiende más allá de sí misma, sobre todas las facultades del hombre, por tanto educarla no es sólo aumentarla, sino prepararla para que esté lista para la acción, sea tenaz en sus propósitos y esté habituada a dirigir las actividades de las demás facultades hacia sus fines. La voluntad debe autoeducarse y aquí debe participar el esfuerzo.

La educación de la voluntad ha sido objeto de atención de muchos pedagogos de todos los tiempos. Mi dedicación a la Historia de la Educación, siempre me impulsa a buscar las raíces y los argumentos de solución a los problemas actuales, en el pensamiento de los clásicos. Como educadores creo que nuestro pensamiento tiene que apoyarse en el de aquellos que anteriormente ya se plantearon las mismas cuestiones y que, a pesar del tiempo y del cambio de las circunstancias, podemos afirmar que sus ideas siguen vivas, por lo que vamos a basarnos en ideas desarrolladas por diversos pedagogos clásicos y actuales.

«Las cosas bellas son difíciles», decía Platón. El cumplimiento de los deberes entre los designados para el gobierno de su ciudad ideal, es una determinación imprescindible⁹. También Aristóteles se manifiesta en un sentido parecido cuando en «La Política» trata el tema de la educación: «Instruirse no es una burla y el estudio es siempre penoso. El ocio es el término de una carrera»¹⁰. Plutarco en su obra *La educación de los hijos* trata de la necesidad del esfuerzo y la constancia en la educación y pone un ejemplo muy ilustrativo: «Así como las gotas de agua horadan las piedras y el hierro y el bronce se desgastan con el contacto de las manos... lo que es antinatural, con el trabajo llega a ser más fuerte que lo natural»¹¹.

Séneca afirma en una de sus *Cartas a Lucilio* que se burla del que afirma «que el camino de perfección es milicia blanda y fácil» y advierte que «sólo el esfuerzo abre camino»¹². La educación del hombre es para él camino difícil y lleno de obstáculos. Por ello aconseja que, lejos de ignorarlos, se debe contar con las dificultades, precaverse contra el desánimo y crear en sí un espíritu de perseverancia y confianza en sí mismo «Ello (la perfección) es difícil, lo sé, y no digo yo que el sabio irá siempre al mismo paso, sino por el mismo camino»¹³.

También en Quintiliano encontramos como elemento fundamental de la educación la voluntad cuando habla de la necesidad de la creación de hábitos desde la infancia: «¿No arruinamos nosotros mismos el carácter de nuestros hijos pues desde la infancia los estropeamos con mimos y esta crianza blanda que llamamos cariño zapa todo el vigor de la mente y el cuerpo?». Aboga porque un esfuerzo adecuado a la naturaleza del niño vaya creando un hábito que facilite unos aprendizajes cada vez más difíciles¹⁴.

En este mismo sentido San Jerónimo en su *Tratado de educación femenina* afirma: «Procúrese que tome gusto por lo que se la fuerza a recitar de manera que no sea trabajo sino placer, no necesidad sino voluntad»¹⁵.

En los pedagogos del Renacimiento seguimos encontrando innumerables textos sobre este tema. Así, Vives, en sus *Diálogos de Pedagogía pueril*, afirma: «Puesto que Dios no otorga sus dones a los ociosos, es menester que pongas trabajo y diligencia en el estudio de las letras y en el afán de conseguir la virtud»¹⁶. Montaigne trata del esfuerzo en el aprendizaje como algo vital en el sentido de actividad y creatividad ante lo que se tiene que aprender, como medio de incorporarlo a nosotros mismos¹⁷.

Pestalozzi, plantea como punto de partida de toda instrucción humana, el deseo y la íntima aspiración original de la naturaleza del hombre hacia su propio desarrollo y éste no significa abandonarse al instinto, sino llegar a «hacer de lo que debe, la ley de lo que quiere»¹⁸. Este es para él el proceso de personalización y en él la voluntad es esencial.

También en nuestros días pedagogos de diferentes tendencias, coinciden en la necesidad de volver a una Pedagogía del esfuerzo. Así, Barranow nos dice: «Un trabajo fácil, que no exija ni la fatiga corporal ni la fuerza de voluntad, no produce ningún efecto educativo»¹⁹.

P. Chauchart, denunciaba ya hace años que el mayor prejuicio de nuestra época consistía en la idea de que lo natural en el hombre es la espontaneidad. «Para nuestra época lo natural es lo fácil, es dejarse llevar, el abandono a los instintos, el rechazar el esfuerzo y la reflexión... pero muy al contrario el hombre no es natural más que en el difícil dominio de sí mismo, al servicio de una conducta que su reflexión le ha demostrado ser plenamente válida dentro del plan individual y social, en relación con lo que el hombre es»²⁰.

García Hoz, que considera el esfuerzo como origen de la alegría expone: «el esfuerzo es, en el concepto ascético de la educación, el fenómeno central en el cual pibotan todos los demás fenómenos internos que han de dejar huella en la vida del hombre, es decir, en los fenómenos educativos»²¹. Para Ibáñez Martín «no hay dignidad donde tampoco hay esfuerzo, sin él casi nada valioso se hace en la vida»²².

Creemos que todos estos textos pueden servirnos como puntos de reflexión sobre la necesidad de la educación de la voluntad en la formación de la persona.

En la formación de la voluntad intervienen fundamentalmente²³:

A) La motivación. Es decir, contar con intereses que atraen, solicitan y mueven. Los actos de la voluntad se realizan bajo la influencia de motivos que actúan como fuerza. Estos se examinan, se delibera sobre ellos y después se elige y decide.

La motivación no sólo debe ser externa y distinguir, como nos enseña la Psicología de la Educación, entre incentivo o intereses externos a la persona y motivos o intereses internos fundamentales y vitales²⁴.

También tendríamos que tener en cuenta que interesante no es lo mismo que fácil. Que el desarrollo del interés por medio de la motivación no supone mero entretenimiento, sino que implica una atención voluntaria, sostenida y un esfuerzo vitalizado. Por ello, hay que ir profundizando en los motivos, haciendo que el alumno pueda ir superando el incentivo inmediato, para llegar a metas más lejanas que nos hemos propuesto. Habrá que distinguir entre desear, motivación afectiva, que tiene un gran atractivo para el niño y el adolescente, del querer que implica ya la voluntad y es propia del hombre maduro. Hacia ella habrá que dirigir la motivación.

En motivación influyen básicamente la comprensión completa del proceso de crecimiento y desarrollo del alumno, de sus ambiciones y esperanzas -cada niño tiene sus particularidades y hay que conocerlas- y la personalidad y actitud del profesor. En este sentido recordamos la frase de Guardini de que el profesor enseña, en primer lugar por lo que es, en segundo por lo que hace y sólo en tercer lugar por lo que dice. Por tanto la personalidad del mismo será fundamental, pero tampoco debe abandonar su función que no será únicamente la de ser un buen motivador, sino la de dirigir las actividades físicas, mentales y emocionales, estimulándolas para que creen intereses, actitudes y hábitos permanentes. El profesor debe enseñar a los niños a interesarse voluntariamente en un proceso que va desde dentro hacia fuera, es decir, «aprender a querer».

B) Creación de hábitos. Todas las actividades físicas y mentales están sujetas a las leyes del hábito. Estos se forman en la vida de cada persona por medio del esfuerzo personal, y hay que crearlos cuanto antes porque determina y no en pequeña medida, el carácter de la persona. Para ser eficaces los hábitos no tienen que ser impuestos, sin más, desde fuera sino que tienen que ser comprendidos, interiorizados, acompañados de un proceso de autoformación interior.

Para Kelly los factores a tener en cuenta en la formación de hábitos son, principalmente²⁵:

- *La repetición uniforme y frecuente*, basada no en la mera rutina, sino en la comprensión y en la reflexión del por qué y para qué, comenzando por superar los estímulos sensibles (agresividad, etc), dominando los instintos (hacerse notar), superar las inhibiciones sensibles (pereza, miedo, etc.), llegar al autodomínio, siempre cuidando de que sean acciones concretas que se vayan superando antes de comenzar otras nuevas.

Esta acción que requiere la formación del hábito es fundamental para la formación de la voluntad. No basta comprender, es preciso obrar. Esta acción tendrá que ir encaminada a que los alumnos adquieran gusto y satisfacción en el esfuerzo

que realicen. En esto es educador tendrá sumo cuidado para pedir es esfuerzo que sabe que puede hacer cada uno y no exigir algo para lo que no sea capaz o le cueste un esfuerzo desproporcionado: «Yerra quien reduce la educación al desarrollo natural de la individualidad, pero yerra también quien prescinde de ella»²⁶. En esto, como en toda tarea educativa, la sabiduría está en el punto medio entre una exigencia coherente, dosificación y conocer las aptitudes y limitaciones de cada persona, es decir, la dedicación y el sentido común del profesor.

- *Marcar metas y objetivos a corto plazo* que sean adecuados, factibles, animando al alumno, cuando lo consigue y haciéndole sentirse satisfecho, ya que la satisfacción y la alegría que ésta proporciona, la autosuperación personal, es una de las mayores fuentes de motivación para poder realizar el esfuerzo que supone la adquisición de los hábitos.
- *Colocar a la persona en situación de actuar sólo*, dándole oportunidades de superar las dificultades, que siempre se plantean ante una determinada actuación.

Toda formación de hábitos positivos, base de la formación de la voluntad, tiene que tener un fondo ascético, donde es esfuerzo es la clave. Habrá que acostumbrar al niño desde pequeño (también esto lo advertían los clásicos) a vencer las dificultades, el cansancio, la desgana y hasta la frustración. El niño debe experimentar que aprender a vivir significa tener capacidad para superar las adversidades. No deberemos, pues, allanar totalmente el camino, sino hacerle consciente de que su esfuerzo requiere valor, fortaleza, capacidad de aguante, constancia, magnanimidad y magnificencia.

¿Cómo se enseñan los valores?. Es la pregunta que nos hacemos muchas veces los profesores y demandamos procedimientos concretos. No resulta fácil, a veces, encontrar técnicas que faciliten la interiorización de los mismos. Así lo reconoce el propio Ministerio de Educación y Ciencia cuando dice: «**No cabe ignorarlo. los profesores no tienen fácil la tarea de educar en actitudes y valores...No les falta voluntad, pero sí materiales didácticos en qué apoyarse y a veces hechan de menos una preparación específica para ello**»²⁷.

A pesar de ello vamos a atrevernos a proponer algunas estrategias que creemos válidas para la educación de la voluntad. Los medios que creemos ayudarían a desarrollar el interés por este valor en la escuela, podrían ser:

- **Utilización una metodología inductiva** partiendo, siempre que se pueda, de la experiencia y la realidad cercana o conocida.
- **Clarificación del concepto de voluntad.** Esta técnica supone un conjunto de métodos de trabajo que ayudan al alumno/a a que realice un proceso de reflexión y se haga consciente y responsable de lo que valora, acepta y piensa.

Se le estimula a la discusión razonada de su postura para desencadenar la autorreflexión y, cuando sea necesario, inducirle al cambio.

- **Discusión crítica de dilemas morales, reales (comentario crítico de textos) o hipotéticos.** Con esta técnica se pretende crear un conflicto en los alumnos para, posteriormente, ayudarles a restablecer el equilibrio en un nivel superior de juicio moral. Los dilemas pueden estar redactados por los alumnos de sus propias vidas.
- **Estudio de casos.** La descripción de una situación real o ficticia posibilita un amplio análisis e intercambio de ideas. Con ellos se provoca el análisis, la clarificación, la búsqueda de soluciones realistas y concretar a una situación que presenta alguna incertidumbre valoral.

Otras técnicas de trabajo en grupo que pueden usarse son las siguientes: role-playing, symposium, mesa redonda, panel, debate, philips 66, seminario, «lluvia de ideas», sesión de tribunal, entrevista, fórum, etc.

Tenemos conciencia de que la educación actual, en sus presupuestos teóricos y en su puesta en práctica no satisface a casi nadie, y este problema no sólo lo tenemos planteado en España sino en el mundo entero. No hay país en que no se esté dando una reforma parcial o total de su sistema educativo. A este siglo nuestro se le está llamando «**la era de las reformas educativas**» y es que vivimos un momento cambiante y contradictorio y es difícil encontrar modelos educativos válidos. Por ello creemos que se impone la necesidad de una reflexión seria y en ella debe estar presente el pensamiento de los que nos han precedido en esta tarea, de aquellos que en momentos históricos de crisis se han planteado el por qué y el para qué de la educación.

En España comienza a hacerse patente un clamor generalizado por la falta de educación en valores profundos, por parte tanto de intelectuales, como de educadores y de las propias familias²⁸. La sociedad actual, a pesar de sus logros, está muy lejos de ser una sociedad que favorezca el desarrollo integral del hombre. La falta de valores morales, tanto en la vida pública como privada, la violencia creciente en las relaciones sociales, manifestada alarmantemente desde edades muy tempranas, el relativismo, la trivialización del pensamiento, la crisis de la institución familiar, etc., el temor que ahora el ser en los planteamientos de la vida, exige volver la mirada hacia la esencia del ser humano, de la persona, de lo que verdaderamente le hará posible alcanzar su plenitud y su felicidad profunda.

Por tanto es tarea de todos cambiar nuestro mundo y la educación tiene en ello un papel primordial, como se está reconociendo desde todos los sectores.

Es necesario hacer una revisión, no tanto de la metodología, como de los principios básicos sobre los que se tiene que sostener la educación. Y en este sentido creemos que hoy, a los hombres y mujeres de hoy, ya en el umbral del siglo XXI, los pedagogos clásicos tienen mucho que decirnos.

NOTAS

1. Ortega y Gasset, J. (1966): «Una interpretación de la Historia Universal». *Revista de Occidente*. Madrid, p. 63.
2. Ibídem, pp. 28-29.
3. Ortega, P. (1994): *Educación para la convivencia*. Valencia: Nau Llibres.
4. Séneca, L.A. (1985): *Cartas morales a Lucilio*. Introducción de E. Sierra. Traducción y notas de J. Bofil. Barcelona: Planeta.
5. García López, R. (1989): «La educación moral en el sistema educativo español» en *Revista Española de Pedagogía*. Año XLVII, nº 184. Septiembre-Diciembre, p. 492.
6. Ibídem, p. 490.
7. Tierno, B. (1993): *Valores humanos. Tomo III*. Tomo III. Madrid: Taller de Editores, p. 103.
8. Rojas, E. (1994): *La conquista de la voluntad*. Madrid: Ed. Temas de Hoy, p. 53.
9. Platón. (1988): *La República*. Madrid: Gredos.
10. Aristóteles. (1980): *La Política*. Madrid: Espasa-Calpe.
11. Plutarco. (1962): «Sobre la educación de los hijos». Tratado traducido directamente del griego y anotado por H. Ribó en *Perspectivas Pedagógicas* nº10, pp. 162-181.
12. Séneca, L.A. (1985): *Cartas morales a Lucilio*. Introducción de E. Sierra. Traducción y notas de J. Bofil. Barcelona: Planeta. Carta XXXVII.
13. Ibídem, Carta XX.
14. Quintiliano, M.F. (1942): *Instituciones Oratorias*. Madrid: Vda. de Hernando.
15. San Jerónimo. (1962): *Cartas a Leta*. Edición de D. Rufz Bueno. Madrid: B.A.C.
16. Vives, J.L. (1974): *Doctrina Pueril*, en *Obras Completas*. Madrid: Aguilar.
17. Montaigne, F. Ensayos Pedagógicos. La educación de los hijos.
18. Pestalozzi, E. (1797): *Mis investigaciones sobre la marcha de la naturaleza en el género humano*.
19. Barranow, S.P. (1987): *Manual de Pedagogía soviética*. Barcelona: Laertes, p. 194.
20. Chauchar, P. (1970): *El dominio de sí mismo*. Madrid: Guadarrama, p. 22.
21. García Hoz, V. (1963): *Pedagogía de la lucha ascética*. Madrid: Guadarrama, p. 22.
22. Ibáñez Martín, J.A.: (1981): *Hacia una educación humanista*. Barcelona: Herder, p. 59.
23. Quintana, J.M. (1995): *Pedagogía moral*. Madrid: Dykinson, p. 542 y ss.
24. Kelly, W. (1969): *Psicología de la Educación*. Madrid: Morata, Tomo I, p. 286.
25. Ibídem, Tomo I, p. 171 y ss. Véase también Sacristán, D. (1988): «La importancia del esfuerzo en el proceso educativo» en *Dimensiones de la voluntad*. Barcelona: Dossat, p. 116 y ss.
26. Giammancheri, E. y Perreti, M (1981): *La educación moral*. Barcelona: Herder, p. 313.
27. Ministerio de Educación y Ciencia. (1984): *Centros educativos y calidad de enseñanza. Propuesta de actuación*. Madrid: M.E.C.
28. No enumeramos, porque resultaría exhaustivo, los artículos que a lo largo del curso pasado y en el presente, han sido publicados en la prensa diaria y en revistas especializadas en las que se solicita una revisión de objetivos y valores, sobre todo.